

Amigo librero:

Acabo de terminar *Línea de fuego*, novela que narra los diez días iniciales de una de las batallas más cruentas y decisivas de la Guerra Civil: la batalla del Ebro.

Nunca hasta ahora quise contar narrativamente nuestra contienda civil, aunque ha sido telón de fondo de alguna de mis novelas. Pero en los últimos tiempos creo que estamos asistiendo a una pérdida de la memoria de lo que ocurrió, porque los que participaron directamente en la contienda, los que supieron realmente lo que aquella tragedia fue, han desaparecido. Por eso, con esta novela intento devolver el factor humano al discurso ideológico sobre la Guerra Civil. La generación que hizo la guerra quiso poner a salvo a sus hijos y a sus nietos, procuraron no contarles lo que vivieron, mantenerlos lejos para que no se contagiaran del odio y el rencor que trajeron consigo esos terribles años. Pero ese silencio ha tenido un efecto negativo: a la larga, se ha perdido la memoria personal de los seres humanos que combatieron, y ha quedado sólo la memoria ideológica, la política, formada por las grandes palabras y los grandes argumentos de los unos y los otros.

Todo eso es, en mi opinión, peligroso, porque para que los españoles podamos entendernos, nos sintamos cercanos unos a otros y nos miremos a los ojos, tenemos que conocer la historia de los hombres jóvenes que lucharon, murieron o perdieron sus mejores años y los de su generación en ese desastre.

Tradicionalmente, la gran memoria de la guerra de España la constituyen los hechos políticos de retaguardia y los nombres conocidos que los protagonizaron. Sin embargo, a mí me interesan más los hombres y las mujeres que estuvieron en el frente en ambos bandos y que no sacaron beneficio de lo que ocurrió, sino que fueron los grandes perjudicados. Las grandes víctimas de aquel disparate. En *Línea de fuego* he querido dar voz a estas personas que dieron la cara, que sufrieron, pasaron hambre, resultaron heridas, perdieron la vida, quemaron su juventud y, al final, fueron olvidadas. He querido acompañarlas y que las acompañe el lector en el frente de batalla. Narrar su dolor, su sufrimiento, el frío, el miedo, la amargura, el hambre, el coraje, la dignidad. La guerra, en suma.



Me gustaría pensar que en esta novela los lectores pueden reconocerse y reconocer a su abuelo, a su padre, a su tío, a su vecino; que piensen «ah, pudieron ser ellos». Que les haga recordar lo olvidado, o conocer lo que tal vez ignoran. Que puedan identificarse y situar su propia memoria y la memoria familiar, personal, de aquella tragedia. Ojalá también logre estimularlos para saber más sobre la historia de la Guerra Civil, que es nuestra propia historia. Para indagar, preguntar, conocer no las ideas políticas, que son de sobra conocidas, sino a los verdaderos protagonistas de aquellos dramáticos años.

Quiero agradecerles el trabajo de prescripción que ustedes hacen siempre con mis libros. Es mucho lo que les debo, y no olvido esa deuda. *Línea de fuego* viaja ahora a sus manos y, a través de ellas, a las de los lectores. No se me ocurre un mejor destino para el resultado de mi trabajo.

Con gratitud, siempre
Arturo Pérez-Reverte

